Atajos que cuestan caro: la suerte no es una medida de seguridad



—Es un segundo nomás, no pasa nada. Seguro que escuchaste esa frase más de una vez, o la dijiste vos. Un segundo para pasar bajo la carga, un segundo para estirarse un poco más desde la escalera, un segundo para trabajar sin los anteojos. Y casi siempre, es cierto, no pasa nada. Ahí empieza el problema.

Hoy quiero hablar de correr riesgos, una de las causas que están detrás de muchos accidentes de trabajo. No lo digo para señalar a nadie. Lo digo porque en este equipo queremos que todos volvamos a casa sanos y salvos, y porque un atajo inseguro nunca lastima solo a quien lo toma: también puede lastimar a quien trabaja a su lado.

¿Por qué tomamos atajos si conocemos el peligro?

Quien corre un riesgo casi nunca es una persona irresponsable ni alguien que quiera lastimarse. Suele ser un trabajador con experiencia, que conoce el peligro y cree que está ahorrando tiempo o esfuerzo. Piensa "lo hice cien veces", y esa es justamente la trampa: **la rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.**

Ahora bien, ¿por qué el atajo resulta tan tentador? Porque lo que se ahorra se ve enseguida: mover la escalera lleva dos minutos, y buscar los guantes o los anteojos cuesta una caminata. En cambio, lo que se puede perder parece lejano e improbable. A esto se suman la presión por terminar, el apuro de fin de turno y el cansancio, que empujan todos en la misma dirección.

Además, cada vez que el atajo sale bien, nuestra cabeza lo toma como prueba de que era seguro. No lo es. Salió bien porque nadie pasó en el momento justo, porque la carga no se movió, porque la pieza no saltó. Eso es suerte, y la suerte no es una medida de control: **un riesgo que no se corrige no desaparece, simplemente espera.**

En el cine, los dobles de riesgo ensayan cada escena, usan protecciones y trabajan con un equipo que planifica cada detalle. Nosotros no tenemos doble. Quien está en la tarea es quien paga las consecuencias, y por eso la prevención empieza con una decisión personal.

Los atajos que todos hemos visto

Seguro que reconocen varios de estos atajos, porque aparecen en cualquier planta, obra o depósito. Afilar o amolar una herramienta sin protección ocular, cuando las partículas salen disparadas a gran velocidad y un ojo puede dañarse en una fracción de segundo. Estirarse de más desde una escalera en lugar de bajar y correrla, cuando el cuerpo debe mantenerse centrado entre los laterales y con tres puntos de apoyo.

También manipular chapas, flejes, vidrios o piezas con filo sin guantes adecuados a ese riesgo. Viajar como acompañante en un autoelevador, que está diseñado para una sola persona: el operador capacitado y autorizado. Pasar por debajo de una carga suspendida, aunque sea "un solo paso", cuando nadie debe ubicarse bajo un izaje. O arrojar materiales en lugar de transportarlos con un carro o entre dos personas, sin pensar que un objeto en el aire puede golpear, romper o caer sobre alguien.

Hay un error más que parece de otra época, pero conviene recordarlo: vaciar un extintor para usar su contenido como producto de limpieza. Antiguamente algunos extintores contenían tetracloruro de carbono, un compuesto muy tóxico que ya no se usa justamente por el daño que causa. Incluso con los agentes actuales, el extintor existe para una sola cosa, combatir un principio de incendio. Descargarlo con otro fin deja al sector sin protección y expone a quien lo usa a polvos o gases que no están pensados para la piel ni para los pulmones.

¿Qué tienen en común todos estos errores? Ninguno nace de la mala intención. Nacen de decisiones chicas, tomadas con apuro y repetidas hasta volverse costumbre. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos**, y cada atajo es uno de esos ladrillos.

Mil veces sale bien, una vez cambia todo

Sin embargo, el problema no termina en la costumbre. Se puede trabajar de forma insegura mil veces y salir ileso 999, pero nadie sabe cuál será la vez número mil. Puede ser un martes cualquiera, con la misma tarea de siempre, y ser la que cambie todo.

Las consecuencias son concretas. Una partícula en el ojo puede dejar secuelas visuales permanentes. Una caída desde una escalera, aun de poca altura, puede terminar en una fractura o en un golpe grave en la cabeza. Un corte profundo en la mano puede comprometer tendones y la capacidad de volver a usarla con normalidad. Una carga que cae o un autoelevador que vuelca pueden causar aplastamientos fatales.

Y esas consecuencias rara vez quedan en una sola persona. El compañero que estaba cerca puede resultar lesionado, quien presenció el hecho carga con esa imagen durante años, y la familia recibe el llamado que nadie quiere recibir. A eso se suman la investigación del accidente, la tarea detenida y la confianza del equipo golpeada.

Por eso jugar con la suerte en el trabajo es la apuesta más cara que existe. En una mesa de juego se arriesga dinero. Acá se arriesgan la salud, el futuro, los proyectos y la tranquilidad de quienes nos esperan en casa, y eso no se recupera.

Cómo cortar el hábito antes de que sea tarde

La buena noticia es que cortar el hábito no requiere nada complicado. Requiere detenerse unos segundos antes de empezar y preguntarse: ¿qué es lo peor que puede pasar si esto sale mal? Si la respuesta incluye una lesión, el método tiene que cambiar. Esa pausa es el análisis de riesgos más simple y efectivo que existe.

Cuando la forma segura parece lenta o incómoda, no es un motivo para saltearla sino una señal de que falta algo: la escalera de la altura correcta, un carro, un segundo par de manos, los guantes apropiados o los anteojos al alcance. Pídanlo, para eso estamos los supervisores. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro**, y un trabajo que solo llega a tiempo si se evita una medida de seguridad está mal planificado.

Tan importante como esto es el uso de los elementos de protección personal. La empresa debe entregarlos, adecuados al riesgo y en buen estado, y la Ley 19.587 establece que cada trabajador debe usarlos y cumplir las normas de seguridad. No es burocracia: es la barrera que queda entre la persona y la lesión. Y si una tarea no puede hacerse de forma segura, cualquiera de ustedes puede y debe frenarla y avisar.

Finalmente, cuidémonos entre nosotros. Si ven a un compañero tomando un atajo, no esperen a que se lastime ni lo juzguen: acérquense y díganle "esperá, lo hacemos bien". Una frase dicha a tiempo y con respeto vale más que cualquier informe posterior.

Un buen récord de seguridad no lo produce la suerte

Todos queremos que nuestro sector tenga buenos números de producción y también de seguridad. Pero hay que entender algo: los buenos resultados en seguridad no llegan por casualidad. Se logran a propósito, con la cooperación de cada persona del equipo, tarea por tarea y todos los días. No hay lugar para quien arriesga su vida sin pensarlo dos veces, pero hay mucho lugar para quien se detiene a pensarlo.

la seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura no la construye un reglamento, sino cada decisión pequeña: mover la escalera, ponerse los anteojos, esperar a que la carga baje, pedir ayuda.

Hoy cada uno de ustedes puede elegir. Puede confiar en que la suerte lo acompañe una vez más, o puede apoyarse en lo que sí controla: su método, su atención y su criterio. El mejor profesional no es el que se anima a más, sino el que sabe cuándo parar.